

VIAJES LITERARIOS

LA COLOMBIA DE GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

UN RECORRIDO POR EL PAÍS QUE ORIGINÓ EL REALISMO MÁGICO DEL NOBEL DE LITERATURA

POR JOSÉ ALEJANDRO ADAMUZ

Lo confesó él mismo: todo en sus novelas se basa en lo real. Cada paso en Colombia tiene plasmado la obra de Gabriel García Márquez. Por ello hay que oler la guayaba, saborear el sancocho, escuchar vallenato, sentir el Caribe y mirar el horizonte, sabiendo que la realidad y la magia guiarán nuestro viaje.

ARACATACA, UN PAÍS SIN FRONTERAS

Al bajar del colectivo noté el calor, la espesura del polvo flotando en el ambiente y la lentitud del tiempo, como si el reloj anduviera en otra dimensión. Uno parte hacia Aracataca, pero llega a Macondo. El epicentro del mundo de García Márquez.

Aracataca, en la Región Caribe de Colombia, se ubica junto al departamento La Guajira. Aquí, 17 años antes de su nacimiento, los predecesores de Gabo llegaron a buscar el olvido luego de que su abuelo, el coronel Nicolás Márquez, matara a un hombre en un duelo de honor. En la mudanza, entre lo necesario para fundar un hogar nuevo, también estaban las leyendas de los indígenas guajiros que el escritor escuchó de su abuela, Tranquilina Iguarán.

Quien ha leído *Cien Años de Soledad* reconocerá la estación del ferrocarril, la calle de los Turcos, la biblioteca de Remedios la Bella y la Casa del Telegrafista. Encontré la tumba de Melquiades –el gitano que constantemente visitaba Macondo en la obra– frente a una casa con techo de zinc. Afuera, tres personas comían sancocho de gallina. Sudé con tal solo verlos.

Sin embargo, el principal centro de atención es la Casa Museo Gabriel García Márquez. La vivienda estuvo en el abandono por mucho tiempo, hasta que se abrió como museo en 2010. Un total de 14 salas recrean el universo familiar que más tarde inspiró al escritor: el taller donde el abuelo hacía los famosos pescaditos de oro, la sala de las visitas, las alcobas, la cocina, el comedor y el traspatio en el que había “un castaño al margen del mundo y del tiempo”.

LAS CIUDADES DE GABO

Barranquilla

“Vaya con cuidado, son locos de remate”, advirtieron a su madre, Luisa Santiaga, cuando fue a buscarle a la librería Mundo para que la acompañara a vender la casa de Aracataca. Allí, García Márquez se reunía con sus amigos del Grupo de Barranquilla para luego ir al Café Colombia. A pesar de que estos lugares giraban alrededor de sus vidas, ninguno existe ya.



Sup.: Gabriel García Márquez y el periodista Ryszard Kapuściński, en la Ciudad de México. Arriba: calle colorida de Cartagena.



“AMBOS MUNDOS, EL REAL Y EL LITERARIO, SE MEZCLAN Y AGITAN CON LOS COLORES Y EL DESORDEN CARIBEÑO”.



En el sentido de las manecillas del reloj: una mujer luce los colores de la bandera de Colombia en un vestido típico de Cartagena; los hombres se reúnen a jugar ajedrez en el parque Bolívar, donde Márquez durmió una noche; la estación del tren de Aracataca.

Tampoco se guarda recuerdo de su habitación en El Rascacielos, un edificio de amores extraviados donde dormía cuando le llegaba la madrugada en medio de la parranda.

Barranquilla le brindó amigos y descubrimientos literarios al escritor para que diera sus primeros pasos como periodista en *El Heraldo*. Y algo de aquel ambiente se recrea en el Museo del Caribe: el telégrafo, la máquina de escribir, los libros y recortes de diarios dispuestos alrededor de una animación proyectada que te sumerge en el mundo del Nobel colombiano.

El rastro de la bohemia del grupo de Barranquilla quedó dentro de la fundación La Cueva. Para llegar se deben seguir cinco huellas de elefante –sí, de elefante–, desde la esquina suroccidental de la calle 59 y la carrera 43; lo del paquidermo es una más de las excentricidades creativas que llenaron este reino de intelectuales y poetas. Otro lugar que ocuparon los del grupo es La Tiendecita, que aún hoy, con aires renovados, sirve chicharrones y comida local. Cerca, en la esquina de la calle 66 y carrera 46, está la iglesia de El Socorro, donde Gabriel se casó con Mercedes.

Cartagena

Cuando el escritor llegó a Cartagena de Indias y bajó del bus, el conductor se dio cuenta que no sabía hacia dónde ir y le

gritó: “¡La tienes en el culo! Y ten cuidado, que ahí condecoran a los pendejos!”.

Cartagena, una de las ciudades coloniales más bellas de Latinoamérica, es *El amor en los tiempos del cólera*. Aquí, en la capital del departamento de Bolívar, se hallan los espacios que inspiraron las peripecias de Florentino Ariza y de Fermina Daza, mezclados con los lugares de su propia biografía. Ambos mundos, el real y el literario, se mezclan y agitan con los colores y el desorden caribeño.

Ahí está la Torre del Reloj, cuyos arcos resguardan una librería de ejemplares usados, y la Plaza de los Mártires, donde su padre le advirtió que comería papel si seguía con su manía de ser escritor. También está el Portal de los Dulces, la redacción de *El Universal* y el banco del parque Bolívar, donde durmió su primera noche al raso. El destino compensó la pobreza con creces en aquella época gracias a la casa que el también periodista se construyó de cara al Baluarte de Santa Clara.

Las cenizas de García Márquez descansan en el Claustro de la Merced de la Universidad de Cartagena, donde un busto lo recuerda. El día que lo visité, una mariposa amarilla se posó en su frente, o al menos eso creo recordar, porque con los viajes pasa como con la vida, no es la que uno vivió, sino “la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”.